

## LITERATURA Y CRISIS – NOVELA NEGRA

### “El descenso al abismo según Petros Markaris”

Entre las muchas “peculiaridades” que presente la crisis por la que actualmente transitamos, como si de un vía crucis se tratara, una de las más llamativas es haber convertido la novela negra en una suerte de género de anticipación.

No se trata de equiparar las historias de detectives a la ciencia ficción, sino que la ficción policiaca, al ser un espejo oscuro de las tensiones que sufre el tejido social, puede eventualmente mostrar, para quien sepa verlas, las semillas que después fructifican en catástrofes colectivas.

La novela negra, por la propia naturaleza de sus tramas y personajes, hurga en los secretos de las personas, en los aspectos de sus vidas que no deben ser sacados a la luz, y de paso levanta las cortinas de la normalidad y las apariencias para mostrarnos esa otra cara de la realidad con la que habitualmente no tenemos tratos.

Es así que cuando un cuerpo cuya vida se ha arrebatado de forma violenta o, cuando menos, en circunstancias sospechosas, irrumpe en escena, la maquinaria policial se pone en marcha y comienza una macabra función. Sin embargo, lo que se inicia con esa brusca interrupción de la vida cotidiana no es sino una representación a la inversa. A lo largo de las páginas por las que transitan policías, detectives, periodistas y sospechosos (algunos de los cuales entran en las categorías anteriormente mencionadas), asistimos, de hecho, al desmantelamiento del escenario en el que transcurre la normalidad “oficial”. Las máscaras son arrebatadas de los rostros de los actores y ante nuestros ojos se despliegan las tramoyas y se iluminan fugazmente las bambalinas.

Cuando este proceso de desenmascaramiento y desvelamiento llega a su fin, comprendemos que lo que parecía algo ajeno y sin conexión con la normalidad, o sea, el crimen o crímenes, está en realidad profundamente imbricado en el entramado de relaciones ocultas, pesos y contrapesos que sostienen el decorado por el que los personajes, y también nosotros, nos movemos día a día. Aquello que impulsa a alguien a convertirse en un asesino, un secuestrador o un simple cómplice está inscrito en su entorno. A menos que se trate de un psicópata, el acto de arrebatarse una vida o la paz de espíritu de una persona viene propiciado, bien por el deseo o la necesidad de restañar una profunda herida que previamente ha sido infligida, una ofensa que no ha sido resarcida, o bien por una (in)fundada sensación de impunidad. En todo caso, implica que el pacto social no está funcionando como debería hacerlo, que nuestros congéneres no han sabido, podido o querido protegernos de un daño, por lo tanto, va calando el mensaje de que el mal queda sin castigo adecuado. Con ello, la posibilidad de que una eventual víctima se convierta en victimario se incrementa.

Por supuesto, toda sociedad funciona con una cuota de chanchullos, arreglos bajo cuerda y acuerdos que soslayan o directamente vulneran la ley. Pero llega un momento en que dicha cuota alcanza un monto intolerable, se traspasa una línea y el aire se vicia de tal manera que el

horror del asesinato, del crimen, se desdibuja entre la espesa niebla de la contaminación moral.

Por eso la novela negra de finales del siglo XX y principios del XXI puede considerarse literatura de anticipación: en muchas de sus piezas, los autores diseccionan las terribles tensiones sociales, la degradación laboral, el vacío existencial y la pavorosa codicia de los individuos y la creciente debilidad de las instituciones que deberían regular su vida en común. Factores todos que, en última instancia, han conducido a la crisis que padecemos.

Podemos encontrar un notable ejemplo de dicha anticipación en las novelas del escritor griego Petros Markaris. Este autor, a quien los desgraciados acontecimientos de la crisis griega (o más bien la variante griega de la crisis global) han conferido una notoriedad digna de mejores circunstancias, nos conduce, mediante las historias protagonizadas por el comisario Kostas Jaritos, a través de los últimos años de la historia reciente de Grecia. En ellas, a poco que analicemos, vemos con meridiana claridad cómo las bambalinas económicas y sociales entre las que se cometen los crímenes están sustentadas sobre cimientos de barro.

Conocemos a Kostas Jaritos en “Noticias de la noche”, el primer libro de la serie. Este veterano comisario de homicidios, cuya participación en la represión policial de opositores en tiempos de la dictadura de los coroneles no se nos esconde en ningún momento, se nos va haciendo simpático porque conserva un fondo de integridad pese a todo lo que ha vivido. Esta integridad, especie de cansada ingenuidad, actúa como un techo de cristal que le impide ascender con la celeridad que su buen hacer como policía haría presagiar. Carece de la sinuosidad que, al contrario, le sobra a Guikas, su jefe inmediato, que se mueve como una anguila por el empantanado mar del juego de poder en el departamento y en las relaciones con la prensa y los políticos.

Otra prueba de la honradez y del sentido común de Jaritos es su coche: mientras media Grecia va en coches nuevos que no puede permitirse sin un diluvio de préstamos, él se aferra a un viejo Mirafiori que se convierte en un personaje por derecho propio; sus achaques exasperan al comisario, pero se las apaña para llevarle a través de las tórridas y atestadas calles de Atenas, ciudad sobredimensionada y siempre al borde del infarto circulatorio.

Pero los rasgos que más resaltan al protagonista son, por una parte, su lucidez y escepticismo ante la sospechosa prosperidad de su país y, por otra, su afición a los diccionarios. Jaritos acude al diccionario porque intuye que si consigue precisar mediante las palabras aquello que está presenciando o sintiendo, su desorientación respecto al mundo que le ha tocado vivir será menor.

El comisario es testigo de la acelerada, y no siempre afortunada, transformación de un país que ha pasado en pocos lustros de una dictadura militar a una democracia “tutelada” por partidos y grupos de poder, y de una sociedad aún tradicional en muchos aspectos a otra que se moderniza a marchas forzadas y deja demasiados valores por el camino. Nada de esto nos suena extraño a los españoles, ¿verdad?

Sin embargo, no hay más que rasgar el barniz para comprobar que bajo la superficie de Grecia aún perduran, para bien y para mal, muchas costumbres, formas de pensar y heridas del pasado reciente.

Un ejemplo de ello es Adrianí, la mujer del comisario Jaritos, que representa en cierto modo los convencionalismos vigentes. Es un ama de casa a la que en el primer libro vemos un tanto seducida por la sociedad de consumo, pero en el último (hasta el momento) saca todo el arsenal de sabiduría popular e instinto de supervivencia que tal vez sea ahora mismo la mejor baza de que dispone la gente para encarar lo que se nos viene encima.

Los conflictos del pasado dictatorial no dejan de aparecer a lo largo de las novelas, muchas veces con tintes negativos, pero también positivamente. Así, una de las tramas que más humanidad destila en las novelas, es la peculiar amistad que se desarrolla entre Jaritos y Zisis, un curtido ex militante de izquierda que en su momento fue asiduo visitante de las cárceles donde el entonces policía militar Jaritos ejercía de auxiliar de torturas. Ya entonces ambos, de alguna manera, se acercaron desde lo irreconciliable de las visiones del mundo a las que servían y ahora, desvanecidas las creencias y superados los antagonismos viscerales, se dan cuenta de que comparten idéntica desorientación.

Y entre el terco pasado y el cada vez más negro presente, queda una esperanza de futuro. Katherina, la hija de Jaritos, es el símbolo de la mejor inversión que hizo esa generación seducida por los cantos de sirena del consumismo: la educación de su descendencia y el replanteamiento del papel de la mujer. Katherina consigue, gracias a sus propias cualidades y a los ímprobos esfuerzos de sus padres, sacar el doctorado en Derecho, lo cual, aunque ya no sea garantía de un excelente provenir laboral, al menos le dará recursos con los que capear el temporal.

En cuanto a la trama de los libros en sí, la reseña de tres de ellos dará una idea de cómo reflejan las raíces de la crisis y su progresión en la sociedad griega.

El primero de la serie es, como se ha dicho antes, “Noticias de la noche” y su comienzo no puede ser más significativo: una pareja de albaneses, que en Grecia son los parias, los “otros” por excelencia, aparece muerta en una miserable cabaña que no parece reunir las más mínimas condiciones ni equipamiento para ser su vivienda habitual. Jaritos, pese a que el entorno policial opina que no merece la pena investigar algo tan insignificante, decide proseguir porque, entre los detalles incoherentes que él mismo detecta, y las misteriosas insinuaciones que le hace una periodista que luego aparece asesinada, sospecha que hay algo más detrás del crimen. En efecto, lo que descubre, aparte del asesino, es que la caída del muro de Berlín ha traído consigo libertad y oportunidades... también para hacer el mal. El telón ha caído y ahora se puede comerciar con todo: mercancías, cuerpos y conciencias. En esta ocasión parece que el objetivo del asesino o asesinos se centra en el mundo de los periodistas televisivos, lo cual da pie a que Markaris esboce un retrato no muy favorecedor del mundillo de las cadenas televisivas, dominadas, como todos los ámbitos del mundo en que vivimos, por la competitividad, la codicia y el éxito personal a cualquier precio, pues es lo único que asegura la supervivencia. Con estos mimbres, no deberá sorprendernos todo lo que viene después.

El segundo libro que reseñamos aquí es en realidad el cuarto de la serie. Se titula “El accionista mayoritario” y está ambientado varios años después del primero. Grecia es ya parte integrante de la eurozona y aún sigue vivo el sueño de la posmodernidad europea, pero no tardamos en ver que tiene mucho de costosa fachada y que, aun así se paga un alto precio por ella. Dicho precio se nos muestra en forma de terrorismo, pero no aquél de extrema izquierda al que los griegos estaban acostumbrados, con objetivos concretos y autoría fuera de dudas, sino ese terrorismo proteico, que engulle todo lo que encuentra en su camino y que es propio de estos tiempos de globalización.

El propio Jaritos es alcanzado por la marea terrorista en las personas de su hija Katherina y su futuro yerno Fanis, pues el barco en el que viajaban hacia Creta es víctima de un secuestro. Por si no tuviera poco con la angustia por la suerte que sus seres queridos pueden correr a bordo del barco, comienzan a producirse unos misteriosos asesinatos cuyas víctimas son modelos de anuncios de televisión. Si dichas víctimas son significativas, mucho más lo es el escenario en el que se encuentran los dos primeros cadáveres: las abandonadas instalaciones que se construyeron expresamente para los juegos olímpicos de Atenas 2004. Apenas han pasado unos meses y esas infraestructuras, símbolo de la euforia por una prosperidad alimentada por el crédito, están en la más completa incuria. Aquello en lo que el gobierno griego se gastó probablemente millones (con la prevaricación y corrupción de rigor) se ha convertido en basurero e improvisado refugio de inmigrantes que no tienen un techo bajo el que dormir. Sorprendentemente, la resolución del caso nos aportará una nueva visión sobre las bases del mundo en el que vivimos, y del que la televisión y su publicidad son, hasta cierto punto, “el accionista mayoritario”.

Según van pasando los años, el sueño se hace añicos. En el quinto y último libro las consecuencias de la anterior inconsciencia colectiva son bien patentes. El país está endeudado hasta las cejas y todo el mundo está, como reza el esclarecedor título, “Con el agua al cuello”.

Sin embargo, el comienzo es cálido y esperanzador: Katherina se casa y su banquete de bodas es una muestra de cómo los compañeros del cuerpo de policía aprecian a Jaritos y, por extensión, a su hija. Mas la alegría no dura demasiado y los cadáveres no tardan en aparecer. Esta vez les toca, cómo no, a los banqueros.

Transitando por una Atenas colapsada por las manifestaciones, día sí y día también, Jaritos se enfrenta a lo que parece un grupo terrorista perfectamente organizado, si bien el comisario sostendrá desde el principio lo que se revela posteriormente como la teoría más correcta: son asesinatos por venganza, cometidos por alguien que se siente estafado o ha sido perjudicado por los bancos. Lo cual, sólo en Atenas, arroja un total de 5 millones de posibles sospechosos.

En esta situación económica tan deteriorada, no queda más remedio que recurrir a la indignación y volver a la pasada austeridad y sentido común. Es el gran momento de Adrianí, la mujer de Jaritos, y su sabiduría del pueblo, para volver a hacer más con menos. Es hora de despertar del sueño que nos indujeron a base de una droga llamada dinero.